

D. H. LAWRENCE

Las hijas del vicario

Traducción de Caroline Phipps



**Editorial
Belvedere**

D. H. Lawrence
Las hijas del vicario

Título original: *Daughters of the Vicar*

Primera edición: marzo 2009

© de la traducción: Caroline Phipps, 2008

© de la presente edición:

Editorial Belvedere, S. L.

Sociedad Unipersonal

Apartado de Correos 7191

28012 Madrid

E-mail: editorial.belvedere@hotmail.com

Diseño de la cubierta: Leticia Esteban

ISBN: 978-84-936533-3-0

Depósito legal: M. 12.848-2009

Impreso en España – *Printed in Spain*

Fotocomposición e impresión:

Imprenta Taravilla

Mesón de Paños, 6

28013 Madrid

1

El señor Lindley era el primer vicario de Aldecross. Los habitantes de las casitas rurales de esta pequeña aldea habían convivido en paz desde el principio y recorrían las dos o tres millas de caminos y tierras de labranza hasta la iglesia parroquial de Greymeed cada mañana de domingo, si el tiempo lo permitía.

Pero cuando se abrieron las minas, aparecieron filas de viviendas anodinas al lado de las nuevas carreteras para una nueva población procedente de la escoria flotante de trabajadores, y las casitas y las gentes del campo quedaron casi obliteradas.

Para mayor comodidad de estos nuevos habitantes —los mineros y sus familias— era necesario construir una iglesia en Aldecross. No había mu-

cho dinero. Así, el pequeño edificio se encogía como un ratón jorobado de piedra y mortero, con dos torrecillas en la esquina oeste a modo de orejas, en los prados cerca de las casitas y los manzanos, lo más lejos posible de las viviendas que flanqueaban la carretera. Parecía inseguro, tímido. Entonces, plantaron hiedra de hoja grande para disimular su aspecto nuevo y apocado. De modo que ahora la pequeña iglesia, enterrada bajo su follaje, está encallada y dormida en medio de los campos, mientras las casas de ladrillo se acercan cada vez más y amenazan con aplastarla. Ya resulta obsoleta.

El reverendo Ernest Lindley, de veintisiete años y recién casado, llegó desde su parroquia en Suffolk para hacerse cargo de la iglesia. No era más que un joven normal que había estudiado en Cambridge y que había tomado los hábitos. Su esposa era una joven segura de sí misma, hija de un párroco de Cambridgeshire. Su padre había gastado todos sus ingresos de mil libras al año, de modo que la señora Lindley no tenía dinero propio. Así pues, la joven pareja llegó a Aldecross para vivir con un es-

tipendio de unas ciento veinte libras y con la intención de mantener una posición social alta.

No fueron muy bien recibidos por la nueva población —tosca e indiferente— de mineros. Al estar acostumbrado a los trabajadores del campo, el señor Lindley siempre se había considerado a sí mismo como un miembro indiscutible de las clases superiores o de autoridad. Tenía que mostrarse humilde ante las familias terratenientes, pero aun así, era uno de los suyos, mientras que la gente corriente era algo diferente. No albergaba dudas sobre sí mismo.

Descubrió, sin embargo, que la población minera se negaba a aceptar esta disposición. Él no tenía cabida en sus vidas, y se lo hicieron saber sin miramientos. Las mujeres se limitaron a decir que no tenían tiempo, o bien: «Oh, no sirve de nada que hable con nosotros, no somos anglicanos». Los hombres lo trataban con un alegre desdén mientras no se metiera demasiado con ellos, mostrando una displicencia innata contra la cual él se sentía impotente.

Finalmente, después de pasar de la indignación

a un resentimiento mudo, e incluso, si se hubiera atrevido a reconocerlo, a un odio consciente hacia la mayoría de su rebaño y a un odio inconsciente hacia sí mismo, limitó sus actividades a un pequeño círculo de casitas, y tuvo que capitular. No tenía una personalidad marcada, y siempre había dependido de su posición social para hacerse un lugar entre los hombres. Ahora que era tan pobre, ni siquiera tenía una posición social entre los vulgares comerciantes de la región y no poseía ni la naturaleza ni el deseo de esforzarse para caerles bien, ni la fortaleza para imponerse allí donde le habría gustado ser reconocido y respetado. Seguía adelante, sin ánimos, pálido, infeliz y neutral.

Al principio, su esposa se enfureció, mortificada. Asumió aires y actitudes altivas. Pero su renta era demasiado exigua, el forcejeo con las cuentas de los comerciantes demasiado humillante, y cuando intentaba impresionar sólo provocaba una reacción de burla general y cruel.

Herida hasta lo más profundo de su orgullo, se vio aislada en medio de una gente indiferente y cruel. Se enfurecía dentro y fuera de su casa. Pero

pronto aprendió que el precio de sus estallidos de ira en la calle era demasiado alto, y por eso sólo se encolerizaba entre las paredes de la rectoría. Ahí, su rabia era tan fuerte que se asustaba de sí misma. Se reconoció odiando a su marido, y sabía que, si no iba con cuidado, destrozaría su estilo de vida y traería la catástrofe sobre él y sobre sí misma. Así que, de puro miedo, aprendió a controlarse. Se ocultó, amargada y vencida por el temor, en el único refugio que tenía en el mundo, su sombría y pobre vicaría.

Los niños nacieron uno cada año; casi de forma mecánica, ella cumplía con los deberes maternos que le habían sido impuestos. Progresivamente, rota por la represión de su violenta ira, por la infelicidad y el hastío, se volvió una inválida y ya no se movió del sofá.

Los niños crecieron sanos, pero sin calor y bastante rígidos. Sus padres los educaron en casa, los convirtieron en muy orgullosos y muy refinados, y los situaron definitiva y cruelmente entre las clases superiores, ajenos a la gente corriente que los rodeaba. De modo que vivieron completamente

aislados. Eran bastante apuestos y tenían ese aspecto curiosamente limpio y semitransparente de los pobres refinados y aislados.

Con el tiempo, el señor y la señora Lindley perdieron todo el control sobre su vida y dedicaron las horas, las semanas y los años simplemente en escatimar gastos para salir a flote, y en reprimir amargamente a sus hijos, modelándolos hacia el refinamiento, empujándolos a tener ambición, cargándolos de responsabilidades. Los domingos por la mañana toda la familia, salvo la madre, bajaba el camino hasta la iglesia, las chicas de largas piernas con vestidos demasiado cortos, los muchachos con abrigos negros y pantalones grises, largos y mal ajustados. Pasaban delante de los feligreses de su padre con los rostros mudos y claros; las bocas infantiles cerradas con un orgullo que era como una fatalidad para ellos, y unos ojos infantiles que ya no veían. La señorita Mary, la mayor, iba al frente. Era una muchacha alta y esbelta con un bonito perfil y la mirada orgullosa y pura propia de quien se entrega a un destino elevado. La señorita Louisa, la segunda, era bajita, regordeta y con

una expresión tozuda. Tenía más enemigos que ideales. Se ocupaba de los niños más pequeños y la señorita Mary de los mayores. Los hijos de los mineros miraban cómo pasaba esta pálida y distinguida procesión de la familia del vicario, impresionados por su aire exquisito y distante; se burlaban de los pantalones de los más pequeños, pero en su interior se sentían inferiores, y el odio despuntaba en sus corazones.

A su debido tiempo, la señorita Mary recibió como institutriz a algunas de las hijas pequeñas de los comerciantes; la señorita Louisa se ocupaba de la casa, visitaba a los feligreses de su padre y daba clases de piano a las hijas de los mineros por trece chelines las veintiséis lecciones.